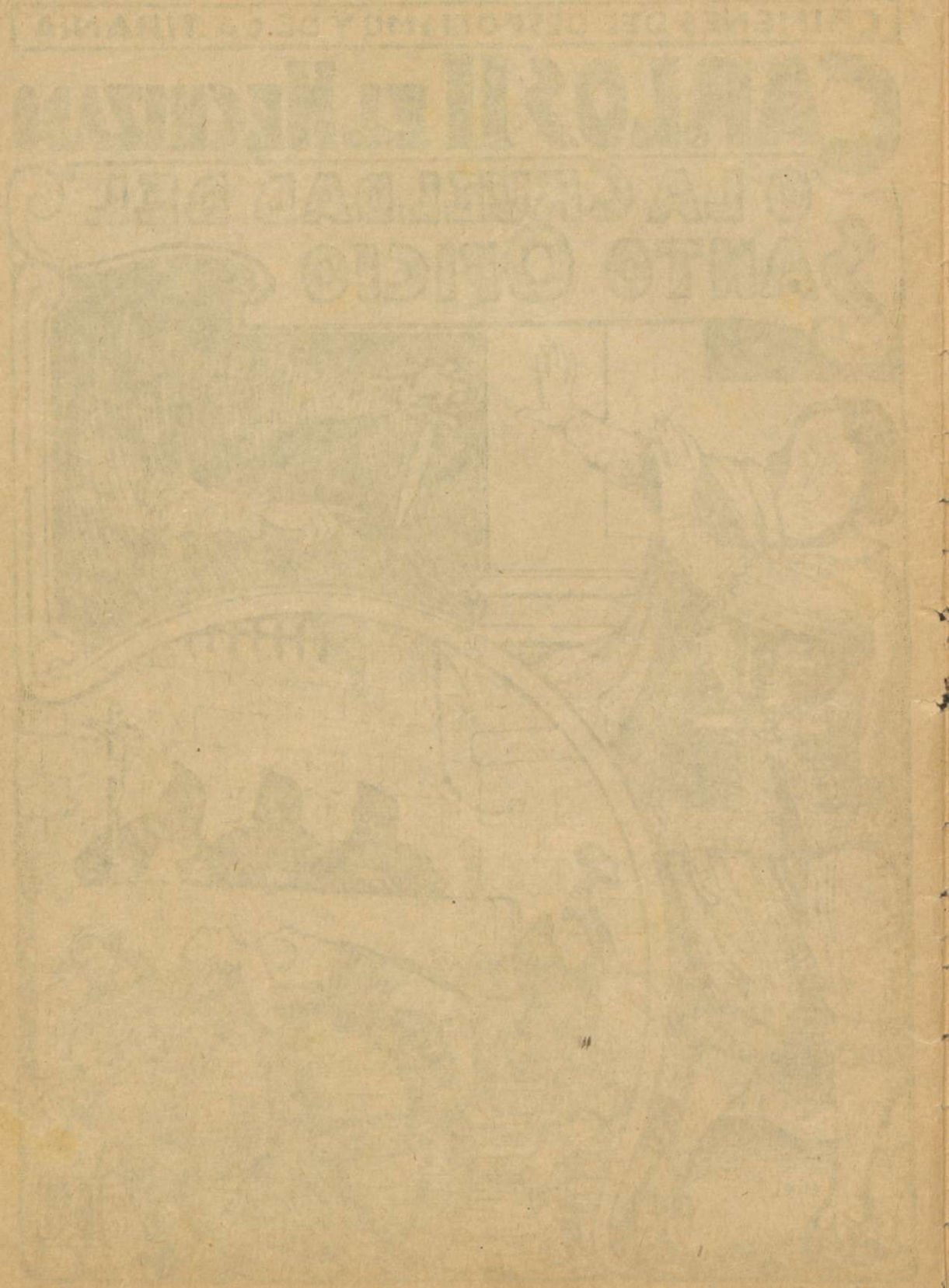


# CARLOS II EL HECHIZADO

## O LA CRUELDAD DEL SANTO OFICIO







## CAPITULO XVII

# SECRETA COMPLICIDAD

I: INSOSPECHADA PROPOSICION.—II: TRISTE REVELACION.—III: UNA CITA MISTERIOSA.—IV: EL HECHIZO.

### I

#### INSOSPECHADA PROPOSICION

Breve fué el trayecto que el Conde de Leitha hubo de cubrir siguiendo al posadero hasta dar en el cuarto ocupado por Alonso Pérez, pero al activo embajador, partidario de Mariana de Austria, sobróle tiempo para redondear el propósito que hubo de llevarle a la estancia, que de tan habilidosa manera hubo de proporcionarse el perseguido por el Santo Oficio.

—Se trata de un enemigo—imaginaba el Conde—. Es valeroso y resuelto y si es cierto que el posadero le ha tenido y lo tiene encerrado durante tantas horas, no espero hallarle de muy buen humor. Si salvo el primer golpe, y esto supongo que no será muy difícil, mi proposición ha de ser para el espíritu y los deseos de Alonso Pérez tan tentadora que lo tendré seguramente por colaborador y amigo siquiera sea circunstancialmente. ¿Qué milagros no hará el amor?

A este punto llegaban las reflexiones del austríaco cuando el posadero, que creía conducir hasta el improvisado calabozo a un genuino representante del sanguinario tribunal, se detuvo en el estrecho pasillo por donde caminaban. Hallábanse junto a una puerta tras la que resonaban fuertes y desesperados golpes a tiempo que algunas terribles amenazas.

El dueño de la posada no podía disimular el miedo que le producía su propia obra y una densa palidez inúndábale el rostro.

—Podéis abrir y haceros cargo de vuestro prisionero.

—¿No esperáis vos mismo a entregármelo?

—Ya me gustaría realizarlo así, pues en mi caso sería lo más correcto, pero pensad que para serviros dejé la tienda sola y podría sufrir un grave perjuicio.

El conde dejó escapar una sonrisa y replicó:

—Perjuicio que no sería tan grande como vuestro miedo.

El posadero ni se tomó la molestia de rechazar la justiciera acusación. Lo importante era escapar y pronunció, a tiempo que, para descender, saltaba sobre los primeros peldaños de la escalera.

—No seré yo quien contradiga a un cuadrillero del Santo Oficio. Quedaos con Dios y obrad como mejor os acomode tan sólo con una condición.

—¿Cuál?

—Que saquéis a ese desdichado de mi casa lo antes posible.

Un segundo después, el posadero perdióse escaleras abajo y el Conde de Leitha procurando no producir el más leve ruido o tan leve que pasara inadvertido para el desesperado prisionero, introdujo la llave en la cerradura.

Faltaba sólo hacerla funcionar y había llegado por lo tanto, el instante de mayor compromiso.

Resuelto por fin, hizo funcionar la llave y empujando la puerta con toda energía apareció súbitamente en el umbral donde se detuvo.

Alonso que, aun deseándolo, no esperaba semejante acontecimiento, había retrocedido algunos pasos esperando descubrir al posadero para caer sobre él, pero profunda fué su sorpresa cuando, en lugar del asustado dueño del mesón, dió de manos a bocas su inesperado visitante.

Una irreprimible exclamación escapó de sus labios:

—¡El Santo Oficio!

El conde de Leitha aprovechó el momento para penetrar en la estancia, cerrando la puerta interiormente antes de que el prisionero lograra racionar.

Luego, con serenidad absoluta, que más bien era fingida que sincera, acercóse a la bujía que apagada estaba sobre la pobre mesa y la encendió alzando su rostro hasta el tosco candelabro que la sostenía, de modo que su rostro quedara plenamente iluminado.

El efecto que este movimiento había de producir y que el embajador esperaba, no tardó en manifestarse.

—¡Vos, conde de Leitha!

—Yo mismo. Pronto me habéis reconocido no obstante mi acabado disfraz.

—Suponía que la inquisición llegaba a prenderme y a fe que no he ganado mucho en el cambio.

—Ya sé que somos enemigos.

—Y tratándose de vos, irreconciliables.

—Sin duda, caballero, pero esto no quiere decir que hayamos de lanzarnos en este instante a una lucha entre ambos, puesto que no he venido a luchar con vos sino a... protegeros.

—Equivocado andáis, señor Conde, si tal concepto tenéis formado de mí. No acostumbro a recibir mercedes de aquellas personas a quienes amenaza la punta de mi espada.

—Orgullo se llama esa figura, don Alonso.

—Tenedlo por tal si os acomoda, y sabed que no haréis mal librándome de vuestra presencia.

Contra lo que Alonso esperaba, el conde de Leitha, sin tomar muy en serio las palabras de su joven y resuelto enemigo, avanzó más dentro de la estancia y a sentarse fué en el taburete colocado junto a la mesa.

—¿Qué hacéis? ¿Sois sordo por ventura?

—¡Bah! Os pido una tregua don Alonso, y estimo que sois lo bastante noble para concedérmela. Decidme, caballero... ¿No extrañáis mi disfraz?

Había tanta serenidad en la actitud del falso cuadrillero al formular la pregunta y tal intención en la sonrisa que, al tiempo de pronunciarla aparecía en sus labios, que Alonso no pudo evitar la respuesta.

—En efecto. Veo que habéis descendido mucho en categoría.

—¡Ah! La vida, caballero, tiene exigencias verdaderamente lamentables y a veces para salvarla es preciso realizar milagros.

—¡Puede ser!—replicó Alonso casi desdeñosamente—. Nada me importan vuestros asuntos y por mí podéis ser aquello que mejor os plazca.

—¿Queréis acercaros?

—¿Para qué?

—Deseo preguntaros algo muy interesante y os suplico el favor de que me escuchéis.

—¡Hablad!

—Más cerca. Podrían espiar y no deben oírnos.

Alonso no pudo evitar que una viva curiosidad empezara a dominarlo. Arrastrado, pues, por un impulso superior a su voluntad, avanzó algunos pasos, hasta colocarse junto al falso cuadrillero.

Este, sin perder un instante el dominio de sí mismo, interrogó:

—¿Consentiréis en vestiros esta ropa?

La pregunta, que tan extraña resultaba para Alonso, no podía ser más justificada en labios del austríaco. Luego de evadido casi milagrosamente de los calabozos secretos de la Inquisición, un deseo de venganza contra el padre Mendoza abrasaba su espíritu. Conocía que frente a frente, cara a cara, tal venganza resultaba un imposible. Ni por su cargo en la Corte ni por las precauciones tomadas por el inquisidor podía intentarla directamente, pero la estancia de Alonso en la posada y las noticias que había conseguido respecto al próximo martirio que Carlota debía sufrir, ambas cosas hubieron de sugerirle una rápida solución. Si su propósito se realizaba, tal como lo había imaginado, la venganza contra el padre Mendoza quedaría trágicamente cumplida y si la fortuna abandonaba al que pensaba convertir en su cómplice, que no era otro sino Alonso, por lo menos habría inutilizado a un temible enemigo de su causa.

Mientras formulaba su pregunta, estas ideas atravesaban rápidas el cerebro del embajador.

Alonso que no acertaba a comprender el motivo de semejante curiosidad acabó respondiendo con absoluta firmeza.

—¿Esa ropa?... ¡Nunca!... Vestirla lo consideraría la mayor deshonra.

—Pensad que en todos los instantes de la vida el hombre es hijo de las circunstancias.

—Os repito que por nada del mundo consentiría en disfrazarme de ese modo.

El conde de Leitha clavó sus pupilas en el rostro del joven caballero e interrogó tras un breve silencio:

—¿Ni siquiera para salvar a Carlota?

Un rayo que hubiese caído a los pies de Alonso no le hubiera sorprendido tan profundamente.

De un modo, rápido, sin pararse a meditar que la proposición partía de un enemigo, enemigo también de Carlota puesto que lo era de la Reina María Luisa, comprendió cuanto la proposición quería significar. Casi violentamente, dominado por una ansiedad profunda, sujetó uno de los brazos del conde, interrogando:

—¿Qué decís?

—Os he preguntado y espero sencillamente vuestra respuesta.

## II

## TRISTE REVELACION

El nombre de Carlota obraba el milagro de que Alonso olvidando la enemistad profunda que le separaba del austríaco, acercárase más a su enemigo interrogando, no ya con arrogancia, no con el desdén insolente del que quiere envolver un insulto en la pregunta, sino con ansiedad que más cerca estaba de la súplica que de la exigencia.

—Explicaos, señor Conde. Ya sabéis cuanto la amo y no debéis ignorar, por tanto, que, para salvarla, sería capaz de todos los sacrificios.

—Tanto lo sé que por seguro tenía que al fin podríamos entendernos.

—¿Queréis explicaros?

—Ante todo don Alorso, he de daros una mala noticia.

—¿Ha muerto?

Y al interrogar una densa palidez inundó el rostro del joven caballero.

—¡No!

—Entonces... ¿Ha sido al fin atropellada por ese monstruo?

—Tampoco por vuestra fortuna. Es ejemplar la fortaleza de esa muchacha y nadie sería capaz de vencerla.

Esto no podía saberlo el austríaco pero ante el anuncio del tormento que habría de sufrir la joven era fácil presumirlo.

Alonso, no obstante su inquietud ilumináronse sus pupilas por una plena satisfacción.

—Carlota morirá antes de entregarse.

—Bien podéis asegurarlo por desdicha ya que dentro de muy pocas horas, por mandato del inquisidor, ha de ser sometida al tormento.

—¿Y vos, cómo lo sabéis?

El conde explicó al enamorado su estancia en los calabozos secretos del Santo Oficio, donde, contra su voluntad hubo de suplantarle, y aseguró que casi milagrosamente, sin que llegara a explicar la razón, había logrado escapar del encierro, disfrazándose de cuadrillero para mejor conseguir la fuga. Manifestó por último las palabras que, pronunciadas por el padre José había podido escuchar en la taberna, y acabó ofreciendo a don Alonso el medio de penetrar en las cárceles del Santo Oficio.

—Como sabéis, en las primeras horas de la mañana, Carlota ha de sufrir el martirio...

—¡Maldición!

—La ocasión tenéis de acercaros a ella y aún más, ¡la de vengaros del padre Mendoza arrancándole la vida!

—¡Ah! Si pudiera salvarla...

Súbitamente contrajéronse las cejas de Alonso en un gesto de repentina duda. Esta hubo de apagar su entusiasmo de un instante, haciéndole sentir un lógico y profundo recelo.

—¿Y sois vos, nuestro común enemigo, quien venís a ofrecerme la salvación de Carlota?

—Pensad don Alonso que mi ofrecimiento no llega a semejante cosa.

—Entonces...

—Os ofrezco tan sólo el medio de llegar hasta ella y de vengaros del inquisidor si así lo deseáis. Luego... vuestra es la cuenta de lo que pueda suceder.

Alonso advirtió el lazo.

—¡No ignoro lo que me proponéis!... La Inquisición no es tan sólo la vida del Inquisidor quien la constituye.

—¿Entonces?...

El conde de Leitha pensó por un momento que Alonso, atento al peligro que sin duda le acechaba al traspasar los umbrales del Santo Oficio, imaginaba rechazar la oferta, pero las palabras del enamorado vinieron a convencerle de su error.

—¿Me suponéis un cobarde? ¿Quizás pensáis que el peligro que pueda amenazarme es causa suficiente para detenerme?

—¡Ah!...

—No habéis pensado que sería capaz de defender a Carlota contra el mundo entero. Que antes de dejarla morir indefensa sacrificaré mi vida si es preciso.

—Porque lo sé, don Alonso vine a ofreceros el medio de penetrar en la Inquisición. Ahora quedáis en libertad de admitir o rechazar la oferta.

El enamorado de Carlota, ante aquellas difíciles circunstancias, impulsado por el ciego deseo de llegar hasta la joven condenada, había olvidado cuanto no se relacionara directamente con la desdichada dama de la Reina, con su vida amenazada por el sanguinario tribunal. Firme en su resolución dijo al austríaco:

—¡Dadme vuestra ropa!

—Cambiaremos ya que no es justo que al dárosela yo me quede sin ninguna.

A partir de aquel instante no mediaron más palabras entre los dos hombres. Pronto cambiaron de indumentaria y don Alonso quedó trocado en el cuadrillero del Santo Oficio, mientras que el embajador embozábase en la capa grana de su enemigo.

El enamorado de Carlota luego de recoger el puñal que había servido de prenda para ganar su estancia en el mesón, dirigió al conde de Leitha una profunda mirada y salió de la estancia seguido por el austríaco.

Grande fué el asombro del posadero al advertir que el esbirro del Santo Oficio salía de la posada sin detener al caballero y que éste descendía tranquilamente por la empinada escalera dirigiéndose al umbral de la posada.

Oculto llevaba el rostro bajo el embozo de la capa y el dueño del mesón no se atrevió a detenerle.

Un minuto más tarde el embajador abandonaba la posada mientras Alonso dirigiase apresurado hacia las cárceles del Santo Oficio.

El amor le arrastraba camino de la muerte y mientras en el espacio brillaban las primeras luces del nuevo día, sombras de inquietud, de angustiosa incertidumbre obscurecían su pensamiento.

### III

#### UNA CITA MISTERIOSA

No muy lejos del lugar donde hubo de ocurrir la escena que dejamos relatada y mientras el conde de Leitha y don Alonso celebraban su ya conocida entrevista, dos personajes de gran influencia en la Corte, hallábanse fácilmente a través de las sombras nocturnas junto a una de las puertas auxiliares de palacio.

Ambos vestían el traje usual en los caballeros de aquella época y embozados iban hasta los ojos. Advertíase el cinto de la espada bajo el borde de las capas oscuras y tan pronto llegaron a encontrarse cambiaron algunas palabras levemente.

—¡Cualquiera os conoce, padre Froilán!

—Para ciertas aventuras resulta conveniente abandonar los hábitos.

—¿Os halláis dispuesto?

—Prometí acompañaros y no quiero faltar a mi promesa.

—Vamos pues, y el diablo sea con nosotros.

El confesor del Rey hubo de estremecerse al escuchar estas palabras. Instintivamente sujetó la cruz de su espada con la mano derecha y siguió los pasos del conde de Melgar que ya se había adelantado.

Cubrieron la distancia que separa el Alcázar de la habitación de la hechicera, sin cruzar una sola palabra tanto par aevitar que pudieran escucharles como para dar espacio cada uno de los dos personajes a sus secretas preocupaciones. Caminaron apresuradamente y a poco deteníanse junto a la vivienda de la bruja.

—¡Aquí es!—dijo el conde de Melgar como indeciso, sin atreverse a levantar el pesado picaporte para dar el paso decisivo.

—¡Llamad!—ordenó el confesor—. No creo que me necesitéis para eso.

El conde llamó sin fuerza. Dos veces dejó caer el picaporte e inmediatamente escucháronse en el interior del cuarto unos pasos menudos. Luego se abrió una pequeña rejilla, a través de la cual aparecieron dos pupilas verdes, que rebrillaron en la noche como dos vivas esmeraldas y, por fin, tras un segundo de observación, escuchóse el rechinar de una llave, descorrer cerrojos y el sonar de una voz que, velada por el misterio, hubo de pronunciar:

—¡Adelante!

Nuestros dos personajes no se hicieron repetir la invitación. Atravesaron el portal de la vivienda y la puerta se cerró tras ellos.

Habían llegado al centro de la estancia. Al fondo y sobre un trípode de hierro ardía una pequeña hornilla de cuyo fuego desprendíanse azules llamaradas que se confundían o se aislaban separadamente elevándose en el silencio del cuarto.

Un pájaro negro aleteó un instante junto a la techumbre y, entre tanto, la figura encorvada de una mujer, la que antes dejó el paso libre a los dos caballeros, avanzó hasta detenerse frente a nuestros dos personajes.

El padre Froilán había retrocedido algunos pasos dejando, deliberadamente, que fuera el conde de Melgar quien sostuyera el ineludible diálogo con la bruja.

Esta fué la primera en romper el silencio.

—¿Qué quiere el conde de Melgar en mi casa?

La pregunta produjo al Almirante una viva sorpresa. Embozado iba pero tal precaución resultaba inútil puesto que Casilda, la famosa hechicera, acababa de reconocerle. Dejó el cortesano ver su rostro y exclamó después:

—No pensaba que pudiérais reconocerme.

—¿Quién no conoce a caballero tan principal? Sois valiente, rico y poderoso y segura estoy de que vuestro compañero os iguala en poder y fortuna aunque no en juventud.

El padre Froilán ciñó más a su rostro el embozo de la capa, mientras Casilda, echando sobre los hombros el obscuro manto que cubría su cabeza,

dejó ver el semblante que nada tenía de repulsivo. Era relativamente joven. La blanca dentadura de la hechicera descubriase tras unos labios rojos y gruesos que más pecaban de sensualidad que de belleza y era sumamente atractiva la expresión dominadora de sus ojos.

El conde de Melgar, vendiendo al padre Froilán el favor de proteger su incógnita, pronunció:

—Mi compañero desea tan sólo asistir a nuestro diálogo pero es su gusto o su interés permanecer cubierto.

—Sea en buena hora—concedió la bruja—si vos garantizáis su discreción y su silencio.

—Lo traje a él para mi propia garantía. Siendo así...

—Basta, señor conde. Los ojos y el pensamiento de Casilda saben leer en el misterio, penetran hasta el fondo de la tierra y dominan, si es preciso las escalinatas de un trono.

El almirante retrocedió un paso al escuchar aquellas palabras.

Dirigió una rápida mirada al padre Froilán pero éste, que habíase retirado a un ángulo de la estancia no realizó el más pequeño movimiento.

Casilda, satisfecha quizás del efecto que sus palabras habían producido, sonreía imperturbable.

El mochuelo que aleteaba junto a la techumbre de la estancia, en rápido vuelo, vino a colocarse sobre uno de sus hombros.

#### IV

#### EL HECHIZO

Difícilmente pudo el almirante recobrar la serenidad perdida.

Unas palabras del padre Froilán le hubiesen reanimado en aquellos instantes. Era preciso terminar, abandonar aquel ambiente de misterio y de angustia que parecía estrujarle el corazón y ceñirle la garganta.

La enigmática sonrisa de la bruja significaba para el conde, abismo insondable que le atraía fatalmente y la figura quieta, estatuaria, del confesor semejava la muda y terrible acusación de su conciencia. A punto estuvo de gritar, de ser vencido por una súbita excitación nerviosa. Al fin pudo dominarse. Cerró los ojos un instante y luego pronunció sordamente, dirigiéndose a la hechicera:

—Si tanto sabéis, ahorradme el trabajo de pedirlo lo que necesito.

—Empleando tan sólo el bebedizo vuestra víctima morirá misteriosamente. Sufrirá tan sólo la materia, irán agotándose con lentitud sus energías hasta dar en las fronteras de la muerte, pero no padecerá el espíritu, la serenidad del ánima quedaría incólume y no es esto lo que vos necesitáis, si no todo lo contrario. ¿No es cierto?

—Confieso que habéis acertado.

—Lo que pretendéis no podrá conseguirse sin la intervención directa de mi poder.

—Tanto vale decir que no podéis servirnos.

—Os engañáis y pronto podréis convenceros.

La bruja retrocedió unos pasos. Sus pies debieron presionar algún oculto resorte porque súbitamente, a modo de compuerta descorrióse un trozo de la obscura pared situada ante los ojos de nuestros dos personajes y, en tamaño

diminuto, apareció la figura de Carlos II. El padre Froilán no pudo reprimir un grito de sorpresa y el Conde de Melgar advirtió que la emoción había cerrado su garganta.

Tan sólo Casilda conservaba su acostumbrada serenidad.

Lentamente se acercó a la regia figura. Pronunció unas misteriosas palabras que ni el fraile ni el cortesano pudieron comprender y luego, resuelta, con singular energía, hundió en el pecho del muñeco, hasta traspasarlo, una larga y acerada aguja.

El mochuelo batió entonces sus negras alas sobre la imagen del rey y un lejano grito de profunda angustia, de terror sobrehumano, resonó en el hondo silencio de la estancia.

El espanto había erizado los cabellos de los dos hombres. Un segundo después la traspasada imagen del monarca había desaparecido.

La hechicera, mientras echaba sobre su cabeza el obscuro manto que toda la envolvía, pronunció:

—Señor conde de Melgar, vuestros deseos están cumplidos.

Aquellas palabras despertaron a los dos personajes a la realidad del momento. Algunas monedas de oro tintineaban un instante sobre las blancas manos de la bruja y en esto resonaron sendos y exigentes golpes sobre la puerta del aposento.

Fué cuestión de un segundo. Prodióse un leve ruido y a modo de blancos telones descendieron de la techumbre unas ligeras paredes suplementarias que ocultaron los muros de la estancia.

Nada en ella podía denunciar lo que momentos antes había sucedido.

La voz suave de Casilda interrogó:

—¿Quién va?

—¡Abrid a la Santa Inquisición!—le respondieron.

La denuncia del padre Pascual comenzaba a producir sus efectos.

El conde de Melgar dijo levemente al confesor:

—¡Nos han descubierto y estamos perdidos!

—Todavía no—replicó Casilda.

Los que llamaban amenazando estaban con derribar la puerta cuando en el pavimento de la estancia abrióse un secreto camino.

—Marchad por aquí—exclamó Casilda indicando la galería subterránea—. Os conducirá a un edificio desierto situado al final de esta misma calle.

Desaparecieron los dos hombres en el tenebroso agujero y un instante después la hechicera, encorvada y llevando un rosario pendiente de su muñeca derecha, dejaba el paso libre a la ronda del Santo Oficio.

Quedaron burlados los esbirros. Nada en el aposento podía justificar tan desagradable visita.

El padre Froilán y el Almirante, espíandolos desde las ventanas del solitario edificio, les vieron salir, defraudados, y unos minutos más tarde, procurando que la ronda no pudiera encontrarlos, regresaban apresuradamente al Alcázar.



## CAPITULO XVIII

# EL SECRETO DEL CARDENAL

I: UN PUÑAL PERDIDO.—II: LA JUSTICIA DEL REY.—III: LAS FLORES DE LA MUERTE.  
IV: VENGANZA FRACASADA.

### I

#### UN PUÑAL PERDIDO

Llegaron por fin los dos enemigos, cómplices circunstanciales para realizar el secreto delito, a las habitaciones ocupadas en el alcázar por el confesor del rey y que no se hallaban lejos de la regia cámara.

El padre Froilán dejó caer sobre una butaca la capa con que se cubría y mientras el de Melgar enjugaba el copioso sudor que brotaba de su ceñuda frente, el disfrazado fraile llevóse las manos a la cintura. Una exclamación de sorpresa, de profunda contrariedad, se escapó de sus labios.

—¿Qué os sucede?—preguntó alarmado el almirante.

—He perdido mi puñal.

—¿Acaso?...

—Os equivocáis. El puño es de marfil y en él va grabada mi cifra.

—Casilda lo habrá ocultado.

—Quién sabe. Si registraron los esbirros y lograron hallarlo a estas horas estará en poder del padre Mendoza y la prueba será irrecusable.

Iba el Almirante a replicar, pero en aquel instante llegaron a través de los muros del aposento los gritos desesperados del monarca.

Tras la cerrada puerta escuchábanse los pasos apresurados de la servidumbre y los comentarios de algunos palaciegos.

Los dos hombres cruzaron sus miradas en las que vivía una profunda inquietud y la fiel expresión de una mutua y secreta complicidad.

Súbitamente golpearon la puerta que cerraba el aposento del fraile.

—¡Abrid, padre Froilán! ¡Abrid! ¡El rey necesita de vuestros auxilios!

El confesor, mirando imperiosamente al almirante, pronunció:

—¡Escondéos! Si os encuentran aquí nuestra complicidad estará descubierta.

—¡Es horrible!

—Lógico nada más. Son las consecuencias de nuestra obra y debemos afrontarlas con serenidad absoluta.

El de Melgar no replicó y rápidamente fué a ocultarse tras amplia y pesada cortina.

Rápido procedió el padre Froilán a cambiar de ropa y luego abrió la puerta de la estancia.

Un gentilhombre que más demostraba apocamiento que gentileza en su figura, apareció en el umbral.

Venía palidísimo, demudado el semblante y apenas si pudo pronunciar algunas palabras al descubrir al religioso.

—¿Dormíais?... Perdonad si he venido a molestaros.

—¿Qué sucede al rey?

—¡Es horrible, padre Froilán! ¡Horrible!... Algo espantoso que desde luego no encuentro palabras para expresar.

El fraile, pretendiendo quitar importancia al suceso, pronunció:

—¡Esa pícara melancolía que le domina!...

—¡Muy lejos de tal cosa, padre Froilán! ¿Acaso no escucháis sus gritos?

Todo el mundo está despierto en palacio.

—Exageran el mal estado de su majestad.

—No le habéis visto como yo retorcer su cuerpo en convulsión espantosa y terrible. Los ojos parece que van a saltarle de las órbitas.

—¿Lo sabe la Reina?

—Hace unos minutos penetró en la regia cámara, y el terror la hizo retroceder.

El padre Froilán no hizo el más leve comentario.

De haber podido cumplir sus deseos, sin duda hubiese escapado de palacio. Le faltaba la serenidad precisa para ser espectador de tal escena, pero escapar significaba delatarse. Dominado por la superstición, aguda y general enfermedad de la época, aquélla sobreponíase a su conciencia. Era el hechizo de Casilda, era la misteriosa influencia de la hechicera la que obraba sobre el desdichado monarca esclavo, idiotizado de rastreras ambiciones cortesanas.

De nuevo sintió el fraile el terror misterioso y profundo que hubo de sufrir cuando Casilda, con la negra y acerada aguja atravesó la grosera imagen del monarca.

Reaccionó por fin y enjugando el sudor frío que bañaba su frente, salió del aposento, siguiendo los pasos del gentilhombre.

Para llegar al dormitorio del Rey, preciso era atravesar una de las galerías del alcázar.

Ya avanzaban por ella. Las primeras luces del nuevo día comenzaban a disipar las sombras y el perfil de las gruesas columnas que sostenían la techumbre acusábase con singular relieve a la luz difusa y pálida del amanecer.

Ya se acercaban al umbral de la regia cámara. Alzado se hallaba el pesado cortinaje que protegía la puerta y desde fuera pudo ver el fraile al monarca epiléptico, como éste retorcíase los brazos, gesticulaba y envolvía los ojos ni más ni menos que un endemoniado.

Verdes espumarajos cubrían los labios rugosos y lívidos de la epiléptica majestad, humana ruina, reflejo fiel de toda una época de obscurantismo y barbarie, y ya se disponía el fraile a tomar en su mano derecha el pesado Cristo de plata que colgando iba sobre su pecho, cuando la figura de un cortesano surgió resueltamente de la penumbra, cortando el paso al confesor:

—¡Padre Froilán!

Era su actitud tan elocuente, revelaba de tan exacta manera la resolución del cortesano, que hubo el fraile de retroceder un paso al descubrirlo.

—Sois el duque de Uceda.

—En efecto.

—Bien... ¿Qué queréis? ¿Acaso os envía el cardenal, nuestro común amigo?

—No... Portocarrero no sabe la desagradable misión que he venido a cumplir en palacio.

—Ya me lo explicaréis más tarde. Ahora, perdonad; debo atender al rey.

—Bastante le habéis atendido, padre Froilán.

—¿Qué queréis decir?

—Que no avancéis un solo paso.

—¿Con qué derecho podéis prohibírmelo?

—Como sabéis soy familiar del Santo Oficio y el Inquisidor general me ha dado orden de prenderos.

—A fe que habéis perdido la razón, señor duque.

—Nunca estuve más cuerdo ni más dispuesto a obedecer.

—¡Acabemos!

El duque extendió hacia el confesor su mano derecha, sobre la que brillaba fatalmente un estilete con puño de marfil.

—¿Reconocéis este puñal?

—¡El mío!—exclamó espontáneamente el fraile.

—Vuestro es, en efecto. El padre Mendoza no lo ignora y vos sabéis mejor que nadie donde lo habéis perdido.

El padre Froilán Díaz no pudo replicar una sola palabra. Inclino el rostro, hundió las manos pálidas y nerviosas en las bocamangas del hábito y se dejó conducir.

De la cámara regia llegó en aquel instante un agudo y desesperado grito del monarca que, rodando del lecho, fué a caer como un muñeco roto sobre el pavimento alfombrado.

Habían huído los cortesanos que le rodeaban. Las manos se alzaban locas en la difusa luz del amanecer, haciendo la señal de la cruz y María Luisa, compadecida, se acercó al cuerpo exánime del rey, y con fino pañuelo bordado de encaje, enjugó la espuma sanguinolenta que cubría los lívidos labios del monarca.

En aquel instante cuando el padre Froilán, escoltado por los esbirros del Santo Oficio subía en la pesada carroza de la Inquisición que, junto al palacio le aguardaba y Alonso Pérez, disfrazado de cuadrillero, llegaba a las cárceles del sanguinario tribunal.

## II

### LA JUSTICIA DEL REY

Además de los hechos apuntados que hubieron de ocurrir mientras desarrollábase la desagradable escena que dejamos descrita en nuestro precedente capítulo, casi al mismo tiempo tenía lugar en los subterráneos del alcázar otra, cuyo interés no debemos hurtar a nuestra novelesca narración.

Conforme a las órdenes dictadas por el soberano, tan pronto amaneció el nuevo día, el carcelero encargado de vigilar los calabozos secretos del alcázar, abrió la pesada puerta del ocupado por Grendín, penetró en el oscuro y reducido recinto, y como el prisionero hallárase dormido, empujóle con el pie para que despertara.

Grendín, que aún no había perdido las esperanzas de salvarse y acaso momentos antes soñaba con la suspirada libertad, dejó escapar una sonrisa al descubrir al carcelero, pero el ceñudo rostro del guardián, la hermética expresión de su semblante y la indudable tristeza que podía leerse en sus pupilas, apagaron súbitamente la sonrisa en los labios del preso.

—¿Qué quieres?

—Te buscan y es preciso que abandones el calabozo.

—¿Sabes si es la reina madre quien me llama?

—¡Infeliz!... Te llama el verdugo. ¡Ha llegado la hora de liquidar tus cuentas!

—¡Mientes! Mariana de Austria no puede abandonarme. Mi amo me salvará del patíbulo y yo acusaré la reina.

—¡Calla, si no quieres que te martiricen antes de morir!

—Hablaré, gritaré mientras me quede un soplo de vida.

Y cuando Grendín, impulsado por la desesperación suprema que le inspiraba su próxima muerte, pugnaba por arrollar al carcelero para ganar la puerta del calabozo, un grupo de soldados le cerró el camino, deteniéndole con violencia, mientras el que los mandaba colocaba, aplastándolos, una fuerte mordaza sobre los labios del espía condenado a la última pena.

\* \* \*

La plaza de la Cebada ocupábala una inmensa muchedumbre que, rodeando el patíbulo y cubriendo en toda su extensión el lugar del suplicio, esperaba expectante la llegada del reo.

Había en la multitud un fragor de inmensa colmena, un rumor semejante al que precede a la tempestad en el espacio.

Avidez primitiva, de salvaje y sanguinaria expectación. Gritos, denuestos, imprecaciones y sobre aquel mar revuelto de pasiones dominadas por el temor o por la cobardía, la figura repugnante del verdugo, que, apoyado en el poste ignominioso del patíbulo, parecía personificarlas y acaso era en realidad su más genuina representación.

El sordo redoble de un tambor anunció la próxima llegada del reo y, por tanto, la inmediata escena del esperado suplicio. Penetraron algunos soldados abriendo calle en la plaza para dar paso a la breve y triste comitiva.

Repartían golpes de alabarda para que la muchedumbre retrocediera y más de un villano rodó bajo las patas de los caballos que, montados por los guardias del rey, revolvíanse inquietos, espantando a la compacta multitud.

Por fin, amordazado y con las manos sujetas sobre la espalda, apareció Gredín. En sus pupilas quietas, extáticas, que el espanto había paralizado, existía una expresión de terror supremo y caminaba a tropezones, empujado por la escolta, sin que la voluntad del reo interviniera para conducirlo por el camino de la muerte.

Sobre la muchedumbre, sobrecogida un instante, reinó ese silencio pesado y absoluto, precursor de todas las tragedias.

Alzar al maniatado Grendín sobre el infamante tablado fué cosa de pocos segundos.

Pronto el verdugo le sujetó por la garganta, arrastrándole fieramente hasta el lugar donde había de cumplirse la fatal sentencia.

Rápido ascendió el ejecutor de la justicia por la estrecha escalera, arrastrando tras él a su víctima. Cifó a su garganta la ensebada cuerda.

Era el momento cumbre, el instante esperado por la muchedumbre con salvaje y cruel ansiedad.

El verdugo, cuyo rostro, para ser más repugnante, estaba cruzado por honda cicatriz, saltó rápido sobre los hombros del reo, a tiempo que Grendín, perdiendo sus pies el apoyo de la escalera, lanzábase al espacio en vuelo trágico y mortal.

Un grito gigantesco escapóse de la muchedumbre.

Algo extraordinario, insospechado, acababa de suceder. La cuerda, que además de apretar la garganta de Grendín, sostenía a los dos hombres, verdugo y reo, acababa de partirse y sobre las piedras de la plaza cayeron los dos actores de la trágica y repugnante escena, confundidos en estrecho y mortal abrazo.

Ya sabemos que el conde de Leitha, horas antes y aprovechando la soledad de la plaza, había cortado, en parte, la cuerda destinada a la ejecución de su criado, pero la precaución del embajador resultó al fin enteramente inútil.

El tremendo golpe fué recibido por el espía en pleno rostro, y cuando el verdugo, ileso, se alzó y quiso levantar a su víctima, advirtió que Grendín estaba muerto.

Habíase partido la cabeza sobre las piedras de la plaza y tan sólo las pupilas extáticas, terriblemente quietas, inmovilizadas por la muerte, descubriábanse en el rostro deshecho y ensangrentado.

La muchedumbre, horrorizada, abrió ancho círculo alrededor del cadáver.

Media hora después Grendín quedó abandonado en la desierta plaza.

La justicia del rey se había cumplido.

### III

#### LAS FLORES DE LA MUERTE

Mientras tanto Dimas, atento a las órdenes que horas antes había recibido de su amo, ocupado estaba en el jardín del alcázar, eligiendo las mejores rosas que sus ojos podían descubrir.

El viejo escudero trabajaba mecánicamente, ya que su pensamiento galopaba adelantándose a los trágicos acontecimientos que estaban preparándose.

No podía Dimas imaginar la verdadera preocupación que en aquellos instantes oprimía el pensamiento y acaso el corazón del cardenal Portocarrero, a quien las circunstancias habían convertido en esclavo y prisionero del Santo Oficio.

El miedo a la Inquisición superaba a todos sus temores y era de Dimas, de su viejo confidente, del que primero quería guardarse. El Cardenal tenía formado un secreto plan, pero, para realizarlo, su desconfianza tan sólo admitía la complicidad de su conciencia.

Preparada y oculta en su mano derecha tenía la redoma, que Mariana de Austria le había entregado, cuando Dimas penetró en el aposento donde el Cardenal aguardaba. Sostenido entre sus brazos traía el viejo escudero un manojito enorme de magníficas rosas, que depositó sobre una mesa colocada en el centro de la estancia.

—¿Ya las tienes?

—Como ve, monseñor, he cortado las más fragantes que descubrieron mis ojos. ¡Lástima que tengan espinas!

Palideció un instante Portocarrero ante la espontánea exclamación de su criado y luego pronunció levemente:

—Así es la vida, pobre Dimas. Ni siquiera la belleza ha de librarse nunca de ser acompañada por la muerte.

Callaron los dos hombres un instante y, por fin, Portocarrero rompió el hondo y violento silencio.

—Has de hacer dos ramos... ¿No lo sabes?

—Quería preguntar a monseñor si ambos han de ser del mismo tamaño.

—Desde luego. Procura que no exista entre los dos la menor diferencia.

Surgió inmediata la pregunta intencionada en los labios de Dimas:

—Entonces... ¿Cómo podrá distinguirlos el señor conde de Leitha?

—Es cosa que ya tengo resuelta satisfactoriamente. ¿No has reparado en aquellos búcaros?

El criado miró hacia el mueble que le señalaba el privado y descubrió dos magníficos vasos de tallado cristal.

—¡Es cierto!

—En el de la derecha colocaremos el ramo destinado a la reina, y así lo advertiré al embajador para que no pueda equivocarse.

Dimas trabajaba entre tanto con singular y nerviosa ligereza y pronto hubo de presentar al prelado los dos magníficos ramilletes.

El Cardenal tomó el que tuvo más a mano. Lo miró un instante con profunda atención. Temblaron sus labios y, por fin, utilizando el contenido de la redoma, que la Reina madre le había entregado, vertiólo sobre las rosas fragantes impregnándolas con el perfume sutilísimo y fatal de la muerte.

Pronto quedó terminada la secreta operación.

Dimas observaba sin perder un solo detalle.

Vió como el Cardenal, fiel a sus pasadas manifestaciones, colocó el ramo de la reina en el búcaro situado a su derecha, dejando en el de la izquierda el destinado a Mariana de Austria.

A partir de aquel momento, una sentencia de muerte, misteriosa y terrible, sentencia digna de aquella Lucrecia Borgia que dos siglos antes hubo de asombrar al mundo con su refinada crueldad, pesaba sobre la cabeza de María Luisa.

El Cardenal, lentamente, tornó a ocupar su butaca, meditó unos instantes y, alzándose después, ordenó a Dimas:

—Ayúdame. Quiero acostarme y descansar algunas horas.

El escudero obedeció sin despegar los labios, y cuando Portocarrero quedó arropado en el amplio y mullido lecho, obedeciendo a un ademán de su amo salió de la estancia.

No se alejó mucho. Algún arriesgado propósito debía ocupar la imaginación del viejo escudero, porque, levemente, pronunció, mientras ocupaba un taburete:

—Esperaré a que duerma... Luego...

No dijo más. El silencio guardó el secreto de la intención. Las palabras se ahogaron en sus labios.

\* \* \*

Entre tanto, el Cardenal, procurando no producir el más leve ruido, había saltado del lecho. Cauteloso llegó hasta el mueble, donde las flores estaban

colocadas y, rápido, varió la situación de los ramilletes, colocando a la izquierda el que antes estaba a la derecha.

La voluntad secreta del prelado terminaba de variar radicalmente el misterioso y terrible derrotero de la muerte.

Tras un hondo suspiro de plena satisfacción y, mientras regresaba al mullido lecho, pronunció sordamente Portocarrero:

—¡Mariana de Austria sucumbirá, víctima de su propia infamia, pero yo me habré salvado!

## IV

## VENGANZA FRACASADA

Cuando Alonso Pérez, aprovechando el disfraz que de modo tan extraordinario había conseguido, llegó a penetrar en las cárceles del Santo Oficio, advirtió en los tenebrosos pasadizos, por donde resueltamente hubo de lanzarse, una sorda y singular actividad. Sayones de pardos hábitos, de cuyos rostros no podían descubrirse más que las brillante o apagadas pupilas, iban y venían con apresurado paso. La presencia de Alonso, disfrazado de cuadrillero, no podía infundirles sospechas y hasta uno de los esbirros, al descubrirle, pronunció:

—Bien podías estar en tu puesto. A fe que lo has abandonado para presenciar el suplicio de Carlota.

Difícilmente pudo Alonso disimular la profunda y dolorosa emoción que le produjeron aquellas palabras.

No obstante aún pudo interrogar:

—¿Todavía permanece en el calabozo?

—¡Buena pregunta! La sacaron ya y si no andas ligero, cuando llegues a la cámara del tormento, habrá terminado la función.

—¿Tú no has de verla?

—Hacia allí me dirijo.

Alonso, que desconocía la disposición interior del tétrico edificio, acababa de hallar el guía que necesitaba. Cauteloso, siguió las huellas del esbirro y pronto llegó al umbral de la fatídica estancia.

Horrible fué el espectáculo que entonces se ofreció a sus ojos.

Frente al tribunal presidido por el padre Mendoza, y en el centro de la sala, hallábase colocado un terrible aparato cuya base formábala una plataforma erizada de agudos clavos. A poca distancia y sobre la mencionada base aparecía una gran rueda sostenida por un eje central unido a una férrea manivela que haría funcionar el verdugo en el terrible momento del suplicio.

Las pupilas aterradas de Alonso acababan de descubrir a Carlota. La joven y desdichada dama de la reina hallábase amarrada sobre la terrible rueda del tormento, en posición decúbiteo supino. De este modo bastaba una vuelta de manivela para que su cuerpo quedara horriblemente destrozado.

Alonso comprendió que Carlota, en aquel último instante de su vida, conservaba, para su mayor martirio, la plena conciencia de sí misma.

La imposibilidad de salvarla hizo surgir en su cerebro la idea de una trágica venganza y una nube de sangre cegó por un instante sus pupilas.

El padre José, situado a un extremo del tribunal, daba lectura con mo-

nótona entonación a la terrible sentencia. Terminada aquélla, a un sencillo ademán del inquisidor, obedecería el verdugo y el bárbaro suplicio quedaría trágicamente consumado.

Una extraordinaria energía, unida a una singular cautela, animó al enamorado y Alonso, avanzando tras los esbirros, logró situarse a la espalda del tribunal.

Sus manos buscaron nerviosas el puñal que ocultaba en su cintura. Lo empuñó resuelto, decidido a hundirlo en el cuerpo del sanguinario inquisidor. Bastaba para ello erguirse, dominar la negra figura del tirano. Si tenía la desgracia de producir el más leve ruido, llegarían a descubrirlo y entonces su vengativo propósito fracasaría irremediabilmente. Si realizaba su venganza, rápida, hiriendo como el rayo, acaso la confusión pudiera favorecerle, llegando incluso a salvar a Carlota del bárbaro martirio que de tan cerca le amenazaba.

El estrado donde el tribunal hallábase constituido alzábase como media vara sobre el pavimento de la estancia, de tal modo que el inquisidor podía, desde su asiento, descubrir fácilmente el rostro de los condenados.

El padre José daba fin a su lectura. Tan solo unas palabras faltaban para terminarla y había llegado el instante de poner en práctica la trágica resolución.

Irguióse Alonso sobre el déspota. Enérgicamente alzó el puñal para hundirlo en sus entrañas, pero, en aquel instante, resonó en la sala un agudo grito de Carlota.

La desdichada no había podido reprimir la exclamación angustiosa al descubrir al joven caballero.

Este fatalmente había sido descubierto y varios sayones cayeron sobre él, derribándole.



## ¿LE INTERESAN LOS LIBROS DE AVENTURAS Y VIAJES?

LEA LA INTERESANTE COLECCION TITULADA:

# AVENTURAS PRODIGIOSAS

QUE SE COMPONE DE LOS SIGUIENTES TITULOS:

- LA AVENTURA INFANTIL.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
JACK Y DOLLY (Emocionantes aventuras de dos huérfanos alrededor del mundo).—18 cuadernos a 10 cts. cuaderno.  
ROCK (Emocionantes heroísmos y luchas prodigiosas de un muchacho intrépido).—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
LOS HEROES DEL AIRE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
RAUL, EL PAJE VALEROSO.—14 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
CABRIOLA, EL SALTIMBANQUI PRODIGIOSO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
MILIN, EL REY DE LA AUDACIA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TRIC Y NELLY (Aventuras de dos huérfanos en tierras de canibales).—10 cuad., a 10 céntimos cuaderno.  
NED, EL REY DEL AIRE.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FANET (Extraordinarias aventuras de un intrépido grumete).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
KIT, AVENTURAS DE UN NIÑO ROBADO.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TIT, EL HIJO DE SHERLOCK HOLMES.—8 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FLORDELIS, EL PEQUEÑO MOSQUETERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
BOB, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
QUIQUET, EL REY DE LOS AVENTUREROS.—12 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
QUINTIN, EL BOLIDO HUMANO.—42 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
BALA SEGURA, EL PEQUEÑO HEROE DE LA PRADERA.—10 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
PILDORITA, EL GOLFILO AVENTURERO.—16 cuad. a 10 cts. cuaderno.  
TONI (Aventuras de un joven español en el país de las pieles rojas).—30 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FANFAN (Prodigiosas aventuras de un muchacho intrépido y valeroso).—40 cuad., a 10 céntimos cuaderno.  
PAKO, EL REY DEL VALOR Y DE LA FUERZA.—32 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TINO, EL INTREPIDO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
KIKI (Prodigiosas y heroicas aventuras de un niño huérfano y pobre a través del mundo).—36 cuadernos a 10 cts. cuaderno.  
RATAPLAN, EL TAMBORILERO DEL REGIMIENTO.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EN BUSCA DE AVENTURAS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FRED (Heroicas aventuras de un joven abnegado y valeroso).—40 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
DELFIN, EL GRUMETE DE LOS CORSARIOS.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
AVENTURAS DE RIN-TIN-TIN, EL PERRO JUSTICIERO.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
RALPH, EL PEQUEÑO DETECTIVE.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
AVENTURAS DE DOS HUERFANOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
WALTER, EL PEQUEÑO SALTIMBANQUI.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EL BARON MISTERIO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
HALKER NOWE, EL PEQUEÑO CORSARIO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EL PEQUEÑO AVENTURERO.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
EL CLUB DE LOS ENMASCARADOS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
DECKER DOW, EL TERROR DE LOS PIELS ROJAS.—4 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
JACK WILLS, EL TERROR DE LA PRADERA.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.  
DEKER, EL TERROR DE LOS PIRATAS.—24 cuad., a 5 cts. cuaderno.  
TARARI, EL VALIENTE CORNETIN.—20 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
FLORIAN, EL CADETE DE LA REINA.—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
TITAN DE BRONCE (Aventuras de un capitán de 20 años).—16 cuad., a 10 cts. cuaderno.  
PERMIN DE CASTRO, EL GUERRILLERO FANTASMA.—24 cuad., a 10 cts. cuaderno.

*Dichas obras puede Vd. adquirirlas por mediación de nuestros corresponsales o pidiéndolas directamente a esta Editorial. El pago debe ser anticipado por giro postal o en sellos de franqueo*

Dirigir la correspondencia a las siguientes señas

SR. D. JUAN BRUGUERA, EDITORIAL "EL GATO NEGRO"

MORA DE EBRO, 141

BARCELONA